



unánimes

Estudios bíblicos

L: Los atributos de Dios

12.- La gracia de Dios

10/05/13

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/



unanimos

Estudios Bíblicos

L.12.- La gracia de Dios

1. Introducción

Este atributo del carácter divino es ejercido sólo para los elegidos. Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento se menciona jamás la gracia de Dios en relación con el género humano en general y mucho menos en relación con otras de sus criaturas. En esto se distingue de la “misericordia”, porque esta es, de acuerdo a las Escrituras, “sobre todas sus obras”

Salmos 145:8-9

*Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira y grande en misericordia.
Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras.*

La gracia es la única fuente de la cual fluye la buena voluntad, el amor y la salvación de Dios para sus escogidos. Abraham Booth, en su libro “El Reino de la Gracia”, la describe así: “Es el favor eterno y totalmente gratuito de Dios, manifestado en la concesión de bendiciones espirituales y eternas a las criaturas culpables e indignas”.

La gracia divina es pues “el favor soberano y salvador de Dios, ejercido en la concesión de bendiciones a los que no tienen mérito propio, y por las cuales no se les exige compensación alguna”. Más aún; es el favor que Dios muestra a aquellos que, no sólo no tienen méritos en sí mismos, sino que, además, merecen el mal y la condenación eterna. Por lo tanto la gracia es completamente inmerecida y nada que pueda haber en aquellos a quienes se otorga puede lograrla. La gracia no puede ser comprada, lograda ni ganada por la criatura. Si lo pudiera ser, dejaría de ser gracia. Cuando se dice de una cosa que es de “gracia”, se quiere decir que el que la recibe no tiene derecho alguno sobre ella, que no se le adeudaba. Le llega como simple caridad y, al principio, no la pidió ni la deseó.

La exposición más completa que existe de la asombrosa gracia de Dios se halla en las cartas de Pablo. En sus escritos, la gracia se muestra en directo contraste con todas las obras y méritos, de cualquier clase o grado que sean. Esto aparece claro y concluyente:

Romanos 11:6

Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no sería gracia. Y si es por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no sería obra.

2. La gracia y las obras

La gracia y las obras no pueden mezclarse, como tampoco pueden la luz con las tinieblas.

Efesios 2:8-9

...porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe...

El favor absoluto de Dios no es compatible con el mérito humano; ello sería tan improbable como mezclar el agua y el aceite. La justificación del ser humano que está en oscuridad se da por gracia a través de la fe. No es que Dios se lo deba, Él lo otorga por gracia. Sigamos leyendo las Escrituras:

Romanos 4:4-5

Pero al que trabaja no se le cuenta el salario como un regalo, sino como deuda; pero al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.

3. Características de la gracia

La gracia divina tiene tres características principales.

3.1. Es eterna

Fue ideada antes de ser empleada, propuesta antes de ser impartida. Fue concebida en la eternidad pasada, antes de que todas las cosas fueran creadas y su permanencia es por siempre, es en la eternidad futura:

2 Timoteo 1:9

Él nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos...

Tito 3:7

...para que, justificados por su gracia, llegáramos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.

3.2. Es gratuita

Nadie jamás la adquirió por merecimiento. Nadie hizo algo que lo hiciera merecedor del favor de Dios. No hay sacrificio, obra o acción que mueva el corazón de Dios a impartir, de forma condicionada, su gracia. No hay ser en el universo que pueda condicionar a Dios. Él es soberano, nadie lo puede forzar u obligar y menos aun comprar su favor:

Deuteronomio 10:17

Porque Jehová, vuestro Dios, es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni recibe sobornos...

Romanos 3:4

Siendo justificados gratuitamente por su gracia.

3.3. Es soberana

Dios ejerce y otorga Su gracia a quien Él quiere. La gracia, al ser un favor inmerecido, ha de ser concedida de una manera soberana. Al ser Dios soberano y eterno, su gracia es otorgada de conformidad con Su voluntad y elección. Por ello declara el Señor:

Efesios 1:5-6

Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

Si Dios mostrara su gracia para con todos los descendientes de Adán, éstos llegarían en seguida a la conclusión de que Dios estaría obligado a llevarles al cielo como compensación por haber permitido que la raza humana cayera en pecado. Pero el gran Dios no está obligado para con ninguna de sus criaturas y mucho menos hacia las que le son rebeldes, o sea, todas.

La vida eterna es una dádiva y, por lo tanto, no puede conseguirse por las obras ni reclamarse como un derecho. Si la salvación es una dádiva, ¿quién tiene derecho alguno para decir a Dios a quien debería concederla? Y no es que el bendito Dador niegue este don a quien lo busca con todo el corazón y según las reglas que Él ha prescrito. No, Él no rechaza a nadie que vaya con manos vacías por el camino que ha establecido, y el camino establecido tiene un nombre... Jesús. Aquel que va a Jesús lo hace porque ya estaba decidido y dado por el Padre. Siendo así, Jesús jamás va a rechazar a aquel que viene a Él porque el Padre lo envió. El ser humano, dentro de la oscuridad donde habita, es incompetente para salir de allí por sus propios medios. Debe ser sacado de allí por el Dios bendito, a través de Su gracia y por una decisión soberana:

Juan 6:37-40

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí, y al que a mí viene, no lo echo fuera. He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y la voluntad del Padre, que me envió, es que no pierda yo nada de todo lo que él me da, sino que lo resucite en el día final. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el día final.

Si Dios decide ejercer su derecho soberano de escoger entre un mundo lleno de pecadores e incrédulos un número limitado para salvación, ¿quién puede sentirse perjudicado? ¿Está obligado Dios a dar por la fuerza su dádiva a aquellos que no la aprecian? ¿Está obligado a salvar a los que han resuelto seguir sus propios caminos?

Así y todo, nada hay que ponga más furioso al hombre natural y que más saque a la superficie su enemistad innata arraigada contra Dios, que el hacerle ver que su gracia es eterna, gratuita y absolutamente soberana. Para el corazón no quebrantado es demasiado humillante el aceptar que Dios formó su propósito desde la eternidad, sin consultar para nada a la criatura. Para el que se cree recto es demasiado duro el creer

que la gracia no puede conseguirse ni ganarse por el propio esfuerzo. Y el hecho de que la gracia separa a los que quiere para hacerles objeto de sus favores, provoca las protestas acaloradas de los rebeldes orgullosos. El barro se levanta contra el Alfarero y pregunta: “¿Por qué me has hecho así?” El rebelde desaforado se atreve a disputar la justicia de la soberanía divina. Esto dice la Escritura:

Romanos 9:10-23

Pero no solo esto, pues también Rebeca concibió de un solo hombre, de Isaac nuestro padre. No habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal (para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama), cuando Dios le dijo a Rebeca: «El mayor servirá al menor». Como está escrito: «A Jacob amé, mas a Esau aborrecí».

¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!, pues a Moisés dice: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y me compadeceré del que yo me compadezca». Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia, porque la Escritura dice al faraón: «Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra». De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece.

Pero me dirás: «¿Por qué, pues, inculpa? ¿Quién ha resistido a su voluntad? » Pero tú, hombre, ¿quién eres, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: «Por qué me has hecho así»? ¿Acaso no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?

¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción? Él, para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria.

4. Algunos ejemplos de Su gracia

La gracia distintiva de Dios se muestra al salvar a los que Él, en su soberanía, ha separado para ser sus predilectos. Por “distintiva” entendemos la gracia que distingue, que hace diferencia, que escoge a algunos y pasa por alto a otros. Veamos algunos ejemplos:

4.1. Abraham

Fue esta gracia la que sacó a Abraham de entre sus vecinos idólatras, e hizo de él “el amigo de Dios”.

Génesis 12:1-4

Jehová había dicho a Abram: «Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra».

Se fue Abram, como Jehová le dijo, y con él marchó Lot. Tenía Abram setenta y cinco años de edad cuando salió de Harán.

4.2. Publicanos y rameras

Fue esta gracia la que salvó a “publicanos y rameras” y dijo a los fariseos religiosos “ellos van delante”

Mateo 21:31-32

Jesús les dijo:

—De cierto os digo que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios, porque vino a vosotros Juan en camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las rameras le creyeron. Pero vosotros, aunque visteis esto, no os arrepentisteis después para creerle.

La gloria de la gracia gratuita y soberana de Dios brilla de manera visible más que en ninguna otra parte, en la indignidad y diversidad de los que la reciben. Esto dice la Escritura:

Romanos 5:20-21

La Ley, pues, se introdujo para que el pecado abundara; pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia, 21 porque así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reinará por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.

4.3. Manasés

Manases fue un monstruo de crueldad porque pasó a su hijo por fuego y llenó a Jerusalén de sangre inocente, fue un maestro de iniquidad porque, no sólo multiplicó, y hasta extremos extravagantes, sus impiedades sacrílegas, sino que corrompió los principios y pervirtió las costumbres de sus súbditos, haciéndoles obrar peor que los idólatras paganos más detestables. Con todo, por esta gracia superabundante, fue humillado, fue regenerado y vino a ser un hijo perdonado por amor, un heredero de la gloria inmortal:

2 Crónicas 33:10-12

Y habló Jehová a Manasés y a su pueblo, pero ellos no escucharon; por lo cual Jehová trajo contra ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales apresaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas, lo llevaron a Babilonia. Pero cuando se vio en angustia, oró a Jehová, su Dios, y se humilló profundamente en la presencia del Dios de sus padres. Oró a él, y fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo hizo retornar a su reino en Jerusalén. Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios.

4.4. Saulo de Tarso (Pablo el apóstol)

Consideremos el caso de Saulo, el perseguidor cruel y encarnizado que vomita amenazas, dispuesto a hacer una carnicería, acosando a los cristianos y matando a los discípulos de Jesús. La desolación que había causado y las familias que había arruinado no eran suficientes para calmar su espíritu vengativo. Por el contrario, eran sólo como un sorbo que, lejos de saciar al sabueso, le hacía seguir el rastro más de cerca y suspirar más ardientemente por la destrucción. Estaba sediento de violencia y muerte. Tan ávida e insaciable era su sed que incluso respiraba amenazas y muerte:

Hechos 9:1-2

Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al Sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallaba algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajera presos a Jerusalén.

Sus palabras eran como lanzas y flechas, y su lengua como espada afilada. Amenazar a los cristianos era para él tan natural como el respirar. En los propósitos de su corazón rencoroso no había sino deseo de exterminio. Y sólo la falta de más poder impedía que cada sílaba y cada aliento que salía de su boca no esparcieran más muerte y no hiciera caer más discípulos inocentes. ¿Quién, según los principios de justicia humana, no le hubiera declarado vaso de ira preparado para una condenación inevitable?

Más aun: ¿quién no hubiera llegado a la conclusión de que, para este enemigo implacable de la verdadera santidad, estaban reservadas forzosamente las cadenas más pesadas y la mazmorra más oscura y angustiosa? Con todo, admiremos y adoremos los tesoros insondables de la gracia; este Saulo fue admitido en la compañía bendita de los profetas, fue contado entre el noble ejército de los mártires, y llegó a ser figura destacada entre la gloriosa comunión de los apóstoles. Así fue el llamado de Saulo, extendido exclusivamente por la soberana gracia divina:

Hechos 9:3-19

Pero, yendo por el camino, aconteció que, al llegar cerca de Damasco, repentinamente lo rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra oyó una voz que le decía:

—*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*

Él dijo:

—*¿Quién eres, Señor?*

Y le dijo:

—*Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón.*

Él, temblando y temeroso, dijo:

—*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*

El Señor le dijo:

—*Levántate y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que debes hacer.*

Los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, porque, a la verdad, oían la voz, pero no veían a nadie. Entonces Saulo se levantó del suelo, y abriendo los ojos no veía a nadie. Así que, llevándolo de la mano, lo metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió.

Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en visión:

—*Ananías.*

Él respondió:

—*Heme aquí, Señor.*

El Señor le dijo:

—*Levántate y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso, porque él ora, y ha visto en visión a un hombre llamado Ananías, que entra y pone las manos sobre él para que recobre la vista.*

Entonces Ananías respondió:

—*Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.*

El Señor le dijo:

—*Ve, porque instrumento escogido me es este para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de reyes y de los hijos de Israel, porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.*

Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo:

—*Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo.*

Al instante cayeron de sus ojos como escamas y recobró la vista. Se levantó y fue bautizado; y habiendo tomado alimento, recobró las fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco.

4.5. Los corintios

La maldad de los corintios era proverbial. Algunos de ellos se revolcaban en el cieno de vicios tan abominables y estaban acostumbrados a actos de injusticia tan violentos, que eran reprochables incluso para la naturaleza humana. Con todo, aun estos hijos de violencia, estos esclavos de la sensualidad, fueron lavados, santificados y justificados:

1 Corintios 6:9-11

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos de vosotros, pero ya ha-

béis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios.

“Lavados” en la preciosa sangre del Redentor; “santificados” por la operación poderosa del Espíritu bendito; “justificados” por las misericordias infinitas y tiernas del buen Dios. Los que en otro tiempo eran aflicción de la tierra, fueron hechos la gloria del cielo, la delicia de los ángeles.

5. La revelación perfecta de la gracia

La gracia de Dios se manifiesta en el Señor Jesucristo, por Él y a través de Él.

Juan 1:17-18

...porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer.

Ello no quiere decir que Dios hubiera actuado sin gracia para con nadie antes de que su Hijo se encarnara. Muchos textos del Antiguo Testamento nos lo demuestran. El pueblo de Israel vivió durante 40 años en el desierto de la gracia de Dios y Noé fue preservado de la muerte por gracia:

Génesis 6:8

Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová.

La gracia y la verdad fueron reveladas plenamente y declaradas perfectamente cuando el Redentor vino a esta tierra y murió por los suyos en la cruz. Es por ello que la gracia de Dios fluye para sus elegidos sólo a través de Cristo el Mediador:

Romanos 5:15-17, 21

Pero el don no fue como la transgresión, porque si por la transgresión de aquel uno muchos murieron, la gracia y el don de Dios abundaron para muchos por la gracia de un solo hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó, porque, ciertamente, el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

... porque así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reinará por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.

6. La proclamación de la gracia

La gracia de Dios es proclamada en el Evangelio. Así lo afirma Pablo:

Hechos 20:24

Pero de ninguna cosa hago caso ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

Ese mismo evangelio de la gracia, esa misma buena noticia de perdón, es “piedra de tropiezo” para el judío que se cree justo, y “locura” para el griego vano y filósofo.

Romanos 9:30-33

¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mientras Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino dependiendo de las obras de la Ley, de modo que tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: «He aquí pongo en Sión piedra de tropiezo y roca de caída; y el que crea en él, no será defraudado».

1 Corintios 1:18-23

La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios, pues está escrito:

«Destruiré la sabiduría de los sabios y frustraré la inteligencia de los inteligentes».

¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el que discute asuntos de este mundo? ¿Acaso no ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Puesto que el mundo, mediante su sabiduría, no reconoció a Dios a través de las obras que manifiestan su sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura.

¿Cuál es la razón? En el Evangelio no hay nada en absoluto que halague el orgullo del hombre. Anuncia que no podemos ser salvos si no es por gracia. Declara que, fuera de Cristo, don inefable de la gracia de Dios, la situación de todo hombre es terrible, irremediable, sin esperanza. El evangelio habla a los hombres como a criminales culpables, condenados y muertos. Declara que el más honesto de los moralistas está en la misma terrible condición que el más voluptuoso libertino; que el religioso más vehemente, con todas sus obras, no está en mejor situación que el infiel más profano.

El Evangelio considera a todo descendiente de Adán como pecador caído, contaminado, merecedor del infierno y desamparado. La gracia que anuncia es su única esperanza. Todos aparecen delante de Dios convictos de trasgresión de su santa ley, y, por lo tanto, como criminales culpables y condenados; no esperando a que se dicte la sentencia, sino aguardando la ejecución de la sentencia dictada ya contra ellos:

Juan 3:18

El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

Quejarse de la parcialidad de la gracia es suicida. Si el pecador persiste en valerse de su propia justicia, su porción eterna será en el lago de fuego. Su única esperanza consiste en inclinarse a la sentencia que la justicia divina ha dictado contra él, reconocer la absoluta rectitud de la misma, abandonarse a la misericordia de Dios y presentar las manos vacías para asirse de la gracia de Dios que el Evangelio le presenta.

7. La Trinidad y la gracia

Dios Padre es la fuente de toda gracia, porque designó el pacto eterno de redención. Dios Hijo es el único canal y mediador de la gracia. El Evangelio es el promulgador de la gracia. El Espíritu es dador o aplicador. Él es quien aplica el Evangelio con poder salvador al alma: vivificando a los elegidos cuando todavía están muertos, conquistando sus voluntades rebeldes, ablandando sus corazones duros, abriendo sus ojos enceguecidos, limpiándoles de la lepra del pecado.

La tercera Persona de la divinidad es el comunicador de la gracia, por lo cual se le denomina el “Espíritu de gracia”. Así lo había profetizado en el Antiguo Testamento Zacarías:

Zacarías 12:10

Pero sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén derramaré un espíritu de gracia y de oración. Mirarán hacia mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por el hijo unigénito, y se afligirán por él como quien se aflige por el primogénito.

8. En conclusión

La preciosa gracia divina, la eterna y soberana gracia es derramada sobre los creyentes sin importar su origen o su pasado. Es impartida por el Dios soberano como un regalo inmerecido a aquellos que fueron elegidos desde antes de la fundación del mundo para ser hechos hijos de Dios. Esos cuyo nombre fue escrito en el Libro donde se registran los seguidores del Cordero desde antes de la creación. Así lo registra el libro de la Revelación cuando afirma que los adoradores del anticristo adoraron su imagen implicando que ellos lo hacían porque no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero desde el principio:

Apocalipsis 13:8

La adoraron todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no estaban escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado.

La gracia inmerecida podríamos definirla finalmente como lo hizo G.S. Bishop: “La gracia es la provisión para hombres que están tan caídos que no pueden levantar el hacha de justicia, tan corrompidos que no pueden cambiar sus propias naturalezas, tan opuestos a Dios

que no pueden volverse a Él, tan ciegos que no le pueden ver, tan sordos que no le pueden oír, tan muertos que Él mismo ha de abrir sus tumbas y levantarlos a la resurrección”.

A los creyentes solamente nos resta caer de rodillas y agradecerle al Dios del cielo por su favor. No hemos hecho nada para merecer su gracia pues esta fue decidida desde antes que existiéramos. Por el contrario, nuestra vida ha sido una muestra de poca o ninguna santidad. Si algo hemos demostrado es que merecemos el castigo eterno y no su gracia. Pero Dios, en su sabiduría, soberanía y amor, nos eligió como destinatarios de su favor, de su perdón, de su gracia. ¡Alabado sea el nombre del Señor! Debemos hacer como hicieron los habitantes del cielo cuando el Señor terminó su obra y se presentó delante del trono como un Cordero sacrificado logrando para nosotros, debido a su gracia, eterna redención:

Apocalipsis 5:13

Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era millones de millones, y decían a gran voz:

«El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza».

A todo lo creado que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, oí decir:

«Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos».

Basado parcialmente en el libro “Los atributos de Dios” de Arthur W. Pink.
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995